

María Zambrano

Los intelectuales
en el drama de España
Ensayos y notas (1936-1939)

Introducción de César Antonio Molina



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo D. Antolín Sánchez-Cuervo en el Vol. I de las OO.CC. de María Zambrano, 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2015
© de la introducción: César Antonio Molina, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-067-1
Depósito legal: M. 318-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, César Antonio Molina
- Los intelectuales en el drama de España
- 23 Apuntes inéditos sobre *Los intelectuales en el drama de España*
- 31 Presentación: la experiencia de la historia (después de entonces)
- 49 I. Los intelectuales en el drama de España
- 51 Primera parte
- 77 Segunda parte. El intelectual en la guerra de España
- 107 Un testimonio para *Esprit*
- 116 *La guerra* de Antonio Machado
- 129 II. Ensayos y notas
- 131 La reforma del entendimiento
- 140 El español y su tradición
- 147 La reforma del entendimiento español
- 168 Un camino español: Séneca o la resignación
- 182 Machado y Unamuno, precursores de Heidegger
- 185 Misericordia
- 217 Pablo Neruda o el amor a la materia
- 228 Poesía y revolución: *El hombre y el trabajo* de Arturo Serrano Plaja (E. «H. de E.»)

- 245 Españoles fuera de España
- 251 Dos conferencias en la Casa de la Cultura
- 255 *Madrid*. Cuadernos de la Casa de la Cultura
- 260 Las ediciones del Ejercito del Este
- 262 San Juan de la Cruz: de la *noche obscura* a la más clara
mística
- 281 III. Otros escritos de la Guerra Civil
- 283 La libertad del intelectual
- 285 La mujer en la lucha española
- 289 La vocación de ser hombre
- 293 Unamuno y su contrario
- 297 ¡Madrid, Madrid!
- 302 La intelectualidad española y la República
- 304 Madrid
- 308 La Alianza de Intelectuales Antifascistas
- 313 II Congreso de los Intelectuales
- 318 La lucha en la mujer actual
- 321 El nuevo realismo
- 326 La nueva moral
- 332 Materialismo español
- 338 La tierra de Arauco
- 347 IV. Madre España. Homenaje de los poetas chile-
nos...
- 403 V. Federico García Lorca: Antología
- 501 VI. Romancero de la guerra española

Introducción

Una intelectual ante el delirio de España

La necesidad del ser humano de construirse a sí mismo es uno de los componentes esenciales de la historia. El pasado no debe mirarse desde el presente, no debe juzgarse desde el hoy. Cóncavo y convexo es el pasado; por lo tanto, al verlo desde el presente siempre aparece como deformado. Lo importante es vivir el momento y ser fiel al mismo. Aquello tuvo un valor que quizás hoy ya no tenga o sea distinto al que tuvo. Pero ¿no es importante revisar y dar a la luz, de nuevo, todo el material que se acumuló en aquel tiempo para volver a dar voz a aquellos que fueron devorados por el sepulcral silencio? Esto se pregunta María Zambrano cuando firma el prólogo a esta obra revisada en *La Pièce*, en el aniversario de la República, en el año 1977. Aunque el arte y la literatura fueron armas publicitarias muy bien utilizadas por los republicanos durante la contienda, sólo el sacrificio extremo dio el verdadero testimonio de lo que allí se estaba

jugando toda Europa. «Sacrificio mudo», dice la propia Zambrano. La palabra era testimonio de la verdad y ella misma vida en sí misma. La verdad había sido sepultada y había que desenterrarla, volver a sembrarla y esperar a que germinara. Aquella época de fe revolucionaria, cuando floreció todo el genio creador, sucumbió en el destino fatal tras la derrota. Y la ya mítica y legendaria Guerra de España quedó como una época de anunciación, de iniciación de una utopía igualitaria que no se pudo llevar a cabo.

María asistió a la construcción de ese mito y fue partícipe y testigo de esa realidad histórica. El drama, o la tragedia de España, la despertó. Y despertó también a una gran parte de los intelectuales. El fascismo era el principal enemigo. María cita, un par de veces, al comunismo como aliado contra el poder de Hitler y Mussolini, secuaces de Franco. No hay más menciones ni referencias a Stalin, ni a los conflictos que hubo en la extrema izquierda. «¡A morir! ¡A morir! ¡Para salvar al mundo del fascismo!» No a matar al fascismo, sino a morir luchando contra él, y así liberar al mundo de este mal. Este proyecto los intelectuales sólo podían llevarlo a cabo con la utilización de sus escasos recursos pacíficos. El lenguaje y las palabras también eran víctimas de este martirio. Luchar por la República se hizo de muchas maneras. Y si lo que pasó en la contienda fue terrible, después fue aún peor: persecuciones, cárceles, fusilamientos, destierros. Y de nuevo los inocentes sacrificados. Y el mal de España convocó al mal de Europa: al fascismo y al nazismo. El comunismo era un combatiente más contra ellos, pero María sabe –aunque no lo puede decir en el 1977 porque

sería tergiversar lo que se pensaba en aquellos otros tiempos— que, en el fondo, fue otro enemigo crucial de la República. En medio, entre un totalitarismo y otro, intelectuales como ella que, a sus diversas ideologías, antepusieron la lucha por la libertad de su país invadido por ejércitos extranjeros en apoyo del sublevado, traidor a su juramento de defender el orden establecido.

El intelectual que da su palabra, que dice y da nombre a lo visto y sentido, a lo padecido y callado. El intelectual que rompe la mudez del mundo «compareciendo por el solo hecho de haber nombrado las cosas por su nombre, con el riesgo tan cruel de no acertar con la palabra justa y el tono exacto en el momento exigido por la historia». Y el estigma de no haberse comprometido, o de haberse cansado o distraído o haberse envuelto en la desconfianza o la desilusión o la desesperación. O haber sido antes y después pero no en ese instante necesario. María le da un valor muy importante al intelectual en tiempo de desdichas, pero también lo comprende, no lo juzga, pero no lo absuelve por no haberse comprometido con su tiempo. Todas las mentes y todas las manos eran necesarias; las dudas, para después. Cada duda, metros de tierra para los agresores. El asco del intelectual por la masa, su retiro de la vida y su incapacidad para comunicarse con el pueblo, provenía de que la mayoría de los mismos pertenecían a la alta burguesía. Una burguesía ajena a los problemas del pueblo. Los conflictos y la contienda habían trastocado su paz y les habían abierto los ojos a la mayoría de ellos. Entre esos intelectuales había también mujeres, como Elena Felipe, Rosa Chacel o María Teresa León, que jugaron un papel decisivo. Mariana Pineda

era una de las santas laicas antecesoras. El dilema entre el intelectual y el hombre de acción se había resuelto con la guerra. Cuando comenzó la lucha del pueblo por su libertad, el intelectual se olvidó de su soledad y su trabajo, sintiéndose únicamente hombre o mujer. Sabía que ese desprendimiento temporal de su ser esencial era luchar solidariamente por la libertad.

Un conflicto semejante no se terminaba con vencedores y vencidos. Un acontecimiento histórico de tal crudeza consumiría a varias generaciones. Han pasado más de ochenta años y seguimos padeciendo las consecuencias, a pesar de llevar cuatro décadas de una democracia plena. Esta democracia semejante a aquella República. Hay acontecimientos históricos, como el que nos atañe, que se resisten a entrar en el pasado. La Guerra Civil Española fue, para María, una tragedia. Ella la denomina Revolución. Nunca aceptó del todo semejante y sangriento desatino, pero acabó resignándose, sin por ello dejarse vencer. En esta Revolución, como en todas, el fantasma de la muerte se hace presente, porque siente que su existencia misma está en juego, y al deseo de matar se impone el deseo de morir. Las misteriosas y olvidadas o escondidas o relegadas pasiones resurgen de su encierro, y el ser humano, incluso el más civilizado, se convierte en servidor de estos instintos elementales que se creían ya superados. En manos de la muerte nada bueno puede surgir incluso ofreciéndose uno mismo en evitación de otras muertes. Las pasiones irracionales, educadas y reguladas, resurgen contra el imperio de la razón y la piedad. La razón y la inteligencia que emana de ella, y que se pensaba que era inmutable y eterna. Pero la Revolu-

ción lo trastocó todo. Y la sinrazón se movía ya sin dueño. El fascismo, para nuestra filósofa, representaba una «enemistad con la vida». El refugio en un mundo mítico y legendario capaz de sustituir la evolución de la inteligencia a lo largo de los siglos. La entrega de la confianza individual, en la creencia de la masa en un ser superior. La ofrenda de la libertad personal para un fin inalcanzable en solitario pero, supuestamente, no así colectivamente. El fascismo se inventaba mentirosamente una nueva realidad y excluía, de forma peligrosa, a todas las demás. Y al rechazar de manera violenta al resto, las condenaba a la muerte. La Guerra de España era contra el fascismo. Y si el fascismo había creado un nuevo y terrible individuo, la lucha contra él estaría abanderada por la razón. El fascismo, al cual se le había dejado crecer irresponsablemente, ya campaba por toda Europa frente a las débiles democracias, algunas de las cuales sucumbirían.

Los intelectuales pertenecían a una España viva y crítica, al margen y en rebeldía respecto a todo lo oficial y caduco. El primer aldabonazo había sido la Generación del 98, que la filósofa ejemplifica en la tríada formada por Unamuno-Baroja-Valle-Inclán. Y después su maestro Ortega, con quien tendrá no pocas desavenencias, pero siempre respetado por su fiel alumna.

Todo buen español ha desesperado y renegado de España. Los falsos patriotas nombraban a la patria mientras la deshacían. Esa alta burguesía incapaz había entregado a los militares su incompetencia para resolver los problemas. Militares fracasados y corruptos. Frente a esta España retrógrada, inculta, temeraria, cruel, violen-

ta y sin deseos de dialogar, María, en aquel momento, oponía otra progresista, educada (aunque quedaba mucho), trabajadora, cultivada y esperanzada en un desarrollo social sin sobresaltos. Y los motores de esto último María los busca en el Partido Socialista, la Institución Libre de Enseñanza, el Centro de Estudios Históricos, la Junta de Ampliación de Estudios o la Residencia de Estudiantes. La Institución Libre de Enseñanza, fundada por Giner de los Ríos, tenía como finalidad crear una burguesía culta, liberal, tolerante, laica y abierta en sus ideas. El Partido Socialista, para María, había tenido la gran virtud de educar a la masa obrera y de haber creado una aristocracia culta y verdadera en el proletariado. María siempre seguirá siendo republicana y azañista, pero, como su padre, otrora ferviente socialista, se irá decepcionando y alejando del partido cuando este tome opciones radicales de izquierda y de connivencia con los nacionalistas catalanes y demás. María no soportaba a Negrín y muchas fueron sus polémicas, incluso en el exilio de México. El fascismo en España lo había introducido, según María, Giménez Caballero. Su órgano era *La Gaceta Literaria*. Esto, con todos mis respetos hacia María, a quien traté muchísimo a su vuelta a España del exilio, no es del todo cierto, pues esa publicación era fundamentalmente literaria y en ella escribieron gentes de todos los colores. La tríada cultural fascista la completaban Eugenio Montes y Sánchez Mazas.

María tiene en Larra un precedente intelectual fundamental. Y le rinde tributo. Un ser indómito, como tantos otros españoles, que no quería darse por vencido. A pesar de su romanticismo, Larra había sido un escritor ra-

cionalista. Y nuestro país siempre fue «arisco» con la Diosa Razón. Y María añade: «No hemos sido jamás un país intelectual». Y es cierto, y Mariano José y María sabían que al español no le interesó gran cosa ser inteligente. Creo que esto sí lo hemos superado hoy. El intelectual español no tenía a qué atenerse, tendía a vivir en lo abstracto, a aislarse del mundo, y lo característico de la sociedad española era su falta de consistencia. No había ninguna relación entre el intelectual y lo popular. La Revolución de Asturias de 1934 había movilizado a una gran parte de los intelectuales españoles, excepto a unos pocos de la derecha, «desierta tradicionalmente de intelectuales de valor y prestigio», subraya María. Las clases conservadoras siempre habían sentido odio y desprecio por la intelectualidad. «La patria –decía Juan de Mairena– es en España un sentimiento esencialmente popular del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera.» La intelectualidad española se movilizó en revistas, libros, acciones culturales de todo tipo, teatro. La Alianza de Intelectuales Antifascista o la Universidad Popular fueron instituciones también primordiales. De aquí salió el Congreso Internacional de Intelectuales para la Defensa de la República, celebrado en Madrid, Valencia y Barcelona. Revistas como *El mono azul* y tantas otras. La soberbia tradicional del intelectual dejó paso a un auténtico deseo de ser útil. De ser útil socialmente. En *El mono azul* se desarrolló lo que se denominó El Romancero de la Guerra. Romances como el de «La defensa de Madrid» de Alberti o «Viento del pueblo», de Miguel Her-

nández. María recordaba que no sólo eran importantes por su valor literario, sino porque el día de mañana (hoy mismo) tendrían un valor documental riquísimo. Otra de las publicaciones fundamentales fue *Hora de España*, donde María, como su gran amigo Rafael Dieste, tuvo un papel relevante, y por la que sintió un afecto especial. En un momento tan excepcional como este, nadie podía ser neutral. Y Zambrano ataca –ella, que nunca lo hace excepto contra el fascismo– a quienes abandonan el país para salvaguardarse. De ahí la «Carta al Doctor Marañón», cargada de reproches por sus devaneos. En el lado opuesto, en el lado de la lealtad, Antonio Machado, al que identifica con una especie de Homero laico. Hombre e intelectual comprometido hasta el sacrificio. Para Machado, la poesía se había convertido en una cosa de conciencia: de razón, de moral, de ley.

Un conflicto contra la razón de las cosas. Ortega decía que la razón era un breve espacio de claridad analítica que se abría entre dos estratos insondables de irracionalidad. Y los españoles continuando la gran pelea, que sería previa a la de la propia Europa. Y el pueblo como protagonista. Y España repitiendo la sangría que ya, en el siglo XIX, había sido insoportable.

¿Qué es España? Y entonces, y aún ahora, ¿quién es capaz de responder? «Se nos reprochó no haber fabricado una metafísica sistemática estilo germánico, sin ver que ya hace mucho tiempo todo era metafísico en España», comenta María. Pero la pregunta sigue ahí: ¿qué es España? Esta contienda no sólo era contra su presente, sino contra su pasado de pesadilla, «contra el cartelón del crimen con que querían aterrorizarle para que no se

moviera». Se había llegado a una paralización del pensamiento: dogmática acerca de la monarquía unitaria, místico conocimiento del pasado, eliminación de toda duda acerca de nuestro ser y destino. La vida española estaba petrificada. Mientras la ciencia avanzaba en Europa, en España se la repudiaba y se la desconocía. España seguía estando atada a la novela y ajena a la filosofía, pues la novela estaba basada en el fracaso humano. Por eso, afirma Zambrano, la novela es para los españoles lo que la filosofía es para Europa. Al fracasar la Reforma en España, todo se detuvo. No hubo Reforma religiosa, ni política o social; pero tampoco en el sentido filosófico hubo Reforma del entendimiento. El pensamiento de Descartes, Galileo o Bacon quedó indefinidamente pospuesto. Faltó el reformismo y se mantuvieron los dogmas. Y en la Guerra Civil, y aún ahora en pleno siglo XXI, de nuevo, esta batalla campal por los mismos motivos que antaño. «Faltó el hombre de estado, a la vez pensador, que nos sacara del laberinto en que nos habíamos metido», dice María. Y yo añado, faltó y falta, desgraciadamente. Pero ¿acaso Azaña no lo intentó? Los males del presente siempre vienen de muy lejos. Desde hacía siglos el pensamiento seguía sin reformarse, y también el estado. «Nuestro pasado de desdichas, la voluntad de Don Quijote, encarnada hoy en nuestros combatientes, piden y exigen que entre todos creemos ese estado nuevo y justo.» María llegó a verlo. La democracia constitucionalista la reintegró a su país.

España, durante siglos, siguió el camino de la resignación, confundida con el estoicismo senequista hispano-romano. El suicidio ejemplar del filósofo cordobés ya no

servía para la España de la que habla Zambrano. Ella no lo dice tan tajantemente, pero así es, porque «los desastres de España se han debido muchas veces a nuestras mejores cualidades más que a nuestros defectos». Un pueblo, el español, no podía resignarse, no podía detenerse, no podía aniquilarse a sí mismo. A los españoles no les quedaba más remedio que jugarse la tragedia del destino humano. Un antisenequista y antiestoico era, para María, Unamuno. Al escepticismo el escritor vasco había opuesto la angustia existencial, para él más creadora. Y antes que Machado o Unamuno había estado Galdós, quien retrató las miserias de una sociedad donde el estado era cada vez más impotente e ineficaz. Galdós había dado el primer grito de alerta del grande y profundo malestar del pueblo.

En momentos tan difíciles, María buscó la complicidad hispanoamericana (el inicio de la guerra la había cogido viajando, con su recién marido diplomático, camino de Chile, donde pasaría varios meses), y allí estaban Pablo Neruda y su *España en el corazón*. La poesía, para la autora de *Claros del bosque*, era un arma fundamental de propaganda. Zambrano hace una gran exaltación de Madrid: «¡Madrid, Madrid, corazón de España, vence con tu impulso a la muerte!». Madrid como bastión contra la barbarie. En el *Romancero de la Guerra Española* Alberti ratificará a María con sus versos de «Defensa de Madrid» y «Defensa de Cataluña», donde escribe: «¡Nunca, bravos catalanes! / Jamás vuestra independencia / Debe servirse en banquetes / A monstruos de tal ralea. / La libertad catalana, / ¡Sabedlo!, en Madrid se juega; / (...) / Catalanes yo os saludo / ¡Viva nuestra

independencia!». Los españoles, durante aquellos años, vivieron de cara a la muerte y compartieron con ella sus vidas.

Para María Zambrano, en aquel tiempo de excepcionalidad era muy importante ponerse en contacto con la realidad inmediata y acudir a ayudarla para que la moral y la razón no fueran burladas. España derramó su mejor sangre, aquella sangre como la de Lorca. El poeta granadino fue premonitorio cuando en su poema «La sangre derramada» escribió «que no hay cáliz que la contenga». No, no hubo cáliz para contener tanta sangre derramada por un pueblo «con el orgullo en el asta» («Viento del pueblo», Miguel Hernández). María Zambrano se comprometió con su difícil tiempo, y en este magnífico libro así se demuestra.

César Antonio Molina

Los intelectuales
en el drama de España
Ensayos y notas (1936-1939)

Apuntes inéditos sobre *Los intelectuales en el drama de España*

A modo de prólogo (después de entonces)

I. Los intelectuales en el drama de España

Primera parte

Segunda parte

II. Prólogo a la *Antología de Federico García Lorca*
(editorial Panorama, Santiago de Chile, 1936)

III. Un testimonio para *Esprit* (H. E., p. 211)

IV. *La guerra* de Antonio Machado (H. E., v. 4, p. 211)

Ensayos y notas

1. La reforma del entendimiento (publicado en la revista *Atenea*, Concepción, Chile, 1937)
2. El español y su tradición (H. E., v. 1, p. 263)
3. La reforma del entendimiento español (H. de E., v. 2, p. 301)
4. Un camino español. Séneca o la resignación (H de E., v. 4, p. 11)

5. Machado y Unamuno precursores de Heidegger (*Sur*, Buenos Aires, agosto 1938)
6. *Misericordia* (H. de E. v. 5, p. 137)
7. Pablo Neruda o el amor a la materia (H. de E. XXIII)
8. Poesía y revolución (H. de E.)
9. Españoles fuera de España (H. de E. v. 2, p. 155)
10. Dos conferencias en la *Casa de la Cultura* (H. de E., v. 2)
11. *Madrid. Cuadernos de la casa de la cultura* (H. E., v. 5)
12. Las ediciones del ejército del este (H. de E., XXIII, pp. 72-73)
13. San Juan de la Cruz. De la *noche oscura* a la más clara mística. Publicado en *Sur*, Buenos Aires, en 1939 (comenzado a escribir en Barcelona 1939 para *Hora de España*)

Nota acerca de la composición de este libro

De la Editorial Hispamerca recibí un día el requerimiento del permiso para publicar un librito estampado en Santiago de Chile durante mi breve estancia allí –octubre 1936-abril 1937–, que hace largos años dejé de tener conmigo perdido, como tantos otros de mi modesta biblioteca, en viajes y cambios de residencia, o tal vez, como tantos otros, prestado y no restituido. Como algunas otras publicaciones, al hacer siempre sin entusiasmo la lista de ellas, no la tenía en cuenta. No había, naturalmente, vuelto a leerlo. Mas por lo mismo de tratarse de

algo escrito apresuradamente, no en el hervor de la pelea, sino en el clamor de la herida, antes de volver a leerlo, di mi aquiescencia a su publicación ahora y en España donde nunca circuló. Creo que a mi vuelta de Chile sólo traía conmigo dos ejemplares y ni en sueños se me ocurrió publicarlo en ella. Había que proseguir y no sólo escribiendo, sino atendiendo a tantas cosas de las que no podría hacer el recuento.

Di, pues, el permiso a la Editorial Hispamerca antes de releer el texto, con la condición de escribir un Prólogo o Introducción que de inmediato comencé a hacer. Y se me ocurrió que dos Notas aparecidas en *Hora de España* que abordan directamente el mismo tema fueran a continuación del libro.

Después me ha sido propuesto el hacer entrar en el volumen los artículos seleccionados por mí, pertenecientes a aquel periodo. Y así, completando lo que publiqué en el brevísimo periodo chileno, el Prólogo, que tampoco he releído, de la *Antología* de Federico García Lorca, publicada igualmente en la Editora Panorama de Santiago de Chile, de vida tan breve, y con la indispensable discreción dado su cargo [de Alfonso Rodríguez Aldave] en la Embajada.

De aquel momento es el ensayo «La reforma del entendimiento», meditación que se enlaza con el fondo y trasfondo de la primera parte de los artículos que forman el libro, publicados primeramente en un diario de Buenos Aires.

La segunda sección, «Ensayos y Notas», recoge mi colaboración en *Hora de España*. No creo haber publicado en ninguna otra revista. Por último, el ensayo «San Juan